



THE ORLANDO BOOKS

COLECCIÓN EMMA

Explora la belleza de los amores imperfectos y la vida real con la **Colección Emma**, un tributo a las conmovedoras historias de amor de Jane Austen llenas de autenticidad y encanto.



¿Te quedaste con ganas de más?



Escaneá este QR y descubrí nuestras historias favoritas. ¡Hay una para vos!



THE ORLANDO BOOKS

www.theorlandobooks.com



THEORLANDOBOOKS



COLECCIÓN EMMA

OLVIDADA

Sofía Sol Veronelli

Sofía Sol Veronelli

OLVIDADA

Un instante más



Sofía Sol Veronelli

Nació en 1995, en la Provincia de Buenos Aires. Es poeta y novelista. Le encanta que le cuenten historias y contar historias de amor. Fanática serial del romance. Experta en recomendar contenido para chicas románticas y empalagosas.

Sus poemarios autopublicados son *Mi media naranja soy yo* (2022) y *Algo de nosotros será para siempre* (2023). *Olvidada* es su primera novela.

Estudió producción audiovisual y trabaja generando contenido.

Su próximo sueño es escribir el guion de una peli (comedia romántica, obvio).

En todas las redes la encuentran bajo el seudónimo [@soldeinviernook](https://www.instagram.com/soldeinviernook)

www.theorlandobooks.com



THEORLANDOBOOKS



THE ORLANDO BOOKS

Dirección general y editorial: Marcela Citterio

Coordinación Editorial: Carolina Parmo

Edición y corrección: Silvia Cacchione

Digital Art de Cubierta: L.A. Zabrana

Especialista en diseño y producción de libros: Valeria Miguel Villar

Jefa de producción: Angela Ardila

Producción Artística: Chiara F. Citterio

y

Creativo digital & estrategia y comunicación: L. A. Zabrana

©Sofía Sol Veronelli, 2025

©The Orlando Books, 2025

www.theorlandobooks.com

Primera edición: febrero de 2025.

ISBN: 978-631-90526-7-1

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Veronelli, Sofia Sol

Olvidada: un instante más / Sofia Sol Veronelli. - 1a ed. - Caseros: The Orlando Books, 2025.

202 p.; 22 x 15,5 cm.

ISBN 978-631-90526-7-1

1. Novelas de Ciencia Ficción. 2. ficción general. 3. Novelas Románticas. I. Título.

CDD A860

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la empresa.

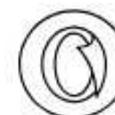
Este libro se terminó de imprimir en febrero de 2025.

Talleres Gráficos Elías Porter - Plaza 1202 - Ciudad de Buenos Aires - Argentina.

Sofía Sol Veronelli

OLVIDADA

Un instante más



THE ORLANDO BOOKS

COLECCIÓN EMMA

*A mis amigas,
por no rendirse conmigo.*



Escaneá el código QR y disfrutá la *playlist* del libro en Spotify.



Prólogo

La vida puede cambiar en un instante. Odio lo cliché que suena eso. Es una idea agobiante, desesperanzadora, realista.

Unas semanas antes, estábamos en la fiesta. Nos fuimos juntos sin que hicieran preguntas, a nadie le parecía raro; somos mejores amigos desde que cualquiera a nuestro alrededor tiene uso de memoria.

Esa noche, me miraste con una invitación intrincada entre tus ojos y los míos, nos moríamos de ganas. Había un morbo en eso de que nadie lo supiera. Que nadie sospechara que nuestra amistad había pasado a otro nivel.

Entrelazamos los dedos, de un minuto a otro estábamos en mi cuarto. Nos revolcamos, nos amamos, nos disfrutamos. Hubiéramos dormido así, sudados y extasiados, si no hubieras tenido que dejar el auto temprano en tu casa. Si no hubieras tenido que irte de mí, de mi abrazo que nos protegía de los planes del destino.

Antes de partir, me acariciaste con una sonrisa impregnada en tu rostro. Me prometiste que serían unas horas. Que nos volveríamos a ver antes de que pudiera notar tu ausencia. No sabías que yo ya te extrañaba, aunque no te hubieras ido.

Me quedé dormida esperando tu mensaje, pero lo que recibí fue la consecuencia de ese instante que rompió en pedazos nuestra historia.

Vito tuvo un accidente.

Se me frenó el corazón. Sentí que los ojos se me atragantaban de lágrimas.

Un accidente. No, Vito no.

Me negaba a creerlo; sin embargo, sucedió.

Basta con un solo instante; un instante en el que todo cambia de verdad. Si no nos cambiara la vida radicalmente, no sería *ese* instante, sería un instante más.

Para mí, el amor nunca había existido hasta Vito. Él es la excepción. Conoce mis pliegues sucios, mis heridas más profundas, los monstruos de mis miedos. Me entiende como nunca nadie me entendió.

Vito abrió los ojos y volvió. Pero no volvió a mí.

Y entonces, el amor dejó de existir.



Capítulo 1

Pía me recibe con un abrazo cálido; enseguida se me humedecen los ojos.

Mierda. Logré suspender el llanto por ¿cuánto? Menos de 60 minutos.

Los últimos dos meses fueron más que difíciles, insoportables. Todavía me cuesta procesar lo que pasó. Mi rutina está totalmente desequilibrada. Las comidas ya no tienen sabor, la música no suena igual de bien. Duermo mal, tengo pesadillas reiterativas, parálisis del sueño, insomnios repentinos, entre otras cosas.

El pecho me duele continuamente. Como si me lo hubieran atravesado con un objeto contundente y entonces es peor la cura que la enfermedad: si arranco eso que me lastima, la palmo. En el fondo, creo que el dolor es el latido incesante de un corazón que no quiere morir.

—¿Cómo estás? —pregunta la mamá de mi mejor amigo mientras me suelta.

Me limito a responder con un leve movimiento de cabeza. Estoy luchando internamente para guardarme toda la angustia en un rincón y contenerla el tiempo que haga falta.

Ella se hace a un lado para permitirme el paso.

Conozco esta casa como si fuera mía. Podría recorrerla a ojos

cerrados y no me tropezaría ni una sola vez con ningún mueble. Sé que el tercer escalón rechina, que los azulejos del baño de abajo están a nada de romperse, que la bañera gotea y hay que hacer ese truquito para que deje de perder. El wifi es muy bueno en el primer piso y en la cocina, pero es pésimo en el living y en el garaje. En el fondo el pasto crece desparejo y hay lugares donde se reseca y muere rápido, no importa cuántas molestias se tome Pía en intentar solucionarlo.

Aunque temo atravesar la puerta y derrumbarme, entro con una naturalidad prácticamente innata, oculto los deseos rabiosos de correr hacia el lado contrario.

Pía no lo nota, está tan entusiasmada que no creo que dimensione lo difícil que está siendo esto para mí. Me hace señas para indicarme que suba las escaleras.

Me concentro en analizarla un momento: tiene el pelo largo envuelto en forma de nudo en la cima de la cabeza. La mirada le cambió desde la última vez que la vi. Sus manos parecen más débiles, sus huesos más chicos, su contextura está disminuyendo.

Me reconozco en ella de un modo triste y asfixiante.

—Vito te está esperando —murmura. Hasta su voz parece el eco de un eco.

Miro hacia arriba, pienso en qué me voy a encontrar.

Alcanzo a escuchar movimiento en la cocina, seguro se trata de Manuel. Ni siquiera amago a acercarme.

Aunque me muero de ganas por estar a solas con Vito, cuando apoyo el pie con una firmeza fingida sobre el primer escalón, me lleno de miedos —de más miedos de los que traje conmigo—.

Escucho la risa de Manuel y frunzo el entrecejo. Tiene una risa particularmente odiosa, de esas que interrumpen y llaman demasiado la atención.

La madera del tercer escalón rechina, como de costumbre. Me hace sentir que todo sigue igual, aunque estoy a punto de descubrir que nada permanece como me gustaría que lo hiciera.

Me quedo sin aire al llegar al primer piso, y no porque no estuviera en forma. Los diecisiete escalones desaparecieron muy pronto.

Las paredes beige y las luces amarillas dan esa sensación de estación tardía. La casa de Vito me recuerda al otoño. De hecho, él huele a otoño. A hojas secas y recién caídas.

Me asomo por el marco de la puerta con timidez, como si no hubiera estado en esta habitación miles de veces.

El cuarto tiene un color amarillo espantoso en las paredes. Una cama de una plaza contra la pared, un placar de madera, un escritorio también de madera, la silla *gamer* con rueditas y una pequeña ventana por la que jamás entra el sol.

Lo veo tendido sobre el colchón con el celular en una mano. Desde mi posición, sus piernas me parecen más largas, su piel más opaca y su pelo más oscuro.

Se percata enseguida de mi presencia, como si hubiera reconocido mi perfume. Se pone de pie dando un salto y me observa, expectante.

Me aclaro la garganta mientras me dejo ver por completo.

De pronto, la pequeña mochila que llevo en la espalda se vuelve más pesada y mis lágrimas más resbaladizas. Requiero de toda mi energía para no arrojarme a sus pies y echarme a llorar.

Ahí está. Mi Vito.

El deseo de apretarlo contra mi pecho y envolverlo entre mis brazos es casi tan grande como la felicidad que me invadió cuando supe que había despertado de terapia intensiva.

Su pelo castaño con matices dorados está revuelto a pesar de

sus intentos de acomodarlo una y otra vez con nerviosismo. Termina dándose por vencido y se lleva ambas manos a los bolsillos del pantalón.

Me sorprende que las ojeras sean apenas evidentes después de permanecer días postrado en una cama de hospital. Ya no tiene la argolla que decoraba su nariz, pero se ganó una pequeña cicatriz en la comisura derecha del labio que lo hace ver sexy y peligroso.

A simple vista, eso es todo lo que le dejó el accidente: una marca casi diminuta en la boca.

El deseo de besarlo es arrebatador. De inmediato, siento las mejillas acaloradas.

Me humedezco los labios para intentar saborearlo en mi boca, aunque cuando me mira de ese modo confuso e irrelevante, parece que no queda nada de él en mí.

Me gustaría que nos salteáramos el protocolo, la burocracia y los buenos modales. Si fuera por mis impulsos, correría hacia él, me treparía alrededor de su cintura, y nos hundiría en un abrazo hasta quedarnos dormidos.

En un flash, entre el silencio y la tensión del ambiente, me da la sensación de que estoy viendo un fantasma. Me pellizco el brazo varias veces para comprobar que este no es otro tonto sueño que se convierte en pesadilla.

No me animo a quebrar el silencio por desconfianza a lo que vendrá después. Temo romper en llanto e inundar la habitación y que ambos quedemos flotando entre sus cosas.

Cuando por fin nuestros ojos se encuentran, tengo la esperanza de que nada puede salir tan mal.

—¿Vos sos Ibiza?

El ruido que hace mi corazón al romperse debe ser el mismo sonido que hace un volcán en erupción.

Es su voz. Físicamente es él. Es Vito, el chico que me salvó de pequeña. Pero no es el hombre que me ama.

Algo dentro de mí me dice que tengo que dejar de mirarlo como una idiota y responder.

No pienso en nada cuando extendiendo el brazo y me presento ante la persona que más me conoce en todo el mundo:

—Ibiza, sí. Tu mejor amiga.

CAPÍTULO 2

Me di cuenta de que Vito me gustaba después de una noche en la que nos descontrolamos. Ya nos habíamos besado antes, pero había sido el típico beso de práctica. Ese que te das con tu mejor amigo para asegurarte de que el próximo beso, el real, sea perfecto.

No tengo idea de cómo pasamos de estar riéndonos con un vino en las manos a besarnos apasionadamente en el sillón. Estábamos solos y terminamos sin ropa. Tuvimos un sexo desesperado, resbaladizo y fascinante.

Fuimos mejores amigos por más de diez años: tuvimos muchos amores pasajeros, atravesamos miles de enredos y desengaños amorosos, y negamos una y otra vez estar enamorados el uno del otro.

Mi primer y único novio fue Marcos Gómez Sánchez. Siempre odié su nombre, incluso cuando salíamos. Me parecía nombre de cochería de barrio. Con Marcos nos enseñamos algunos trucos buenos, pero no teníamos química, no conectábamos. Debo admitir que en parte fue culpa mía, nunca creí en el amor. No en el amor de Marcos, sino en el amor en general.

Esa primera vez junto a Vito comimos helado y nos reímos de lo

ridículo de haber caído en la trampa de amigos con beneficios. Después de tantos años aguantando los comentarios de la gente. Después de tantos "No estamos juntos", "No, somos solo amigos", "No, no estamos enamorados". Después de tantos no, al final éramos un rotundo sí.

Ninguno de los dos había tenido mucha experiencia en materia de relaciones hasta ese momento, por eso fue por lo que empezamos a practicar y tuvimos una cantidad de sexo desmedida, absurda, descomunal.

Nos prometimos mantenerlo en secreto por un tiempo, a ver cómo nos resultaba todo.

A principios de abril empezamos a escondernos. Nos aislamos como dos pacientes patógenos en la etapa más contagiosa de una enfermedad. Para finales de junio no aguantábamos más estar ocultándonos, confesaríamos al mundo nuestro amor.

Fue entonces cuando todo sucedió.

Vito se fue de casa con una promesa en los labios que no pudo cumplir. Cuando volvió a abrir los ojos no me recordaba.

Y ya no pudimos volver atrás.



Capítulo 3

Los médicos lo diagnosticaron como “normal”. A ver, normal no es, pero supongo que no hay una palabra más suave para describir las secuelas: Vito no se acuerda de mí.

En realidad, sufre de una rara pérdida de memoria, solo parece haber olvidado ciertas cosas. Las más importantes, los recuerdos que construyen la historia de su vida en los últimos quince años.

Que esté vivo es un milagro. Se recupera de acostarse con la muerte y me siento aliviada de que solo hubiera sido un revolcón, pero no puedo fingir que el hecho de que no me recuerde no es casi como haberlo perdido por completo.

El chico que me acompañó prácticamente toda mi vida, que me salvó de mí misma, no tiene ni la más puta idea de quién soy. Y no sé cómo lidiar con eso.

Me obligo a sonreír. Él también lo hace y estrecha su mano con la mía.

—Vito. Aunque todos me dicen Ito —intenta hacerse el gracioso. Al menos, no perdió el sentido del humor. No quise hacerle saber que ya nadie lo llama de ese modo, a excepción de su mamá. —Así que nosotros somos...

Está confundido. Quizá este es el momento más oportuno para mencionar que éramos más que solo amigos, pero al notar el desorden constante en su mirada, no puedo hacerlo.

—Amigos —me apresuro a decir.

Estar frente a frente a dos metros de distancia, después de haber estado separados dos meses enteros, me parece mucha distancia, mucho tiempo.

Siento el forcejeo de mis propios músculos que intentan no arrojarse sobre él y avasallarlo de caricias, preguntas y anécdotas que le importan una mierda ahora que su memoria es una pasa de uva seca y achicharrada.

—Mamá te nombró varias veces —comenta de forma irrelevante.

Asiento, me obligo nuevamente a sonreír. Aunque Pía le hable de mí miles de veces, él jamás tendrá idea de lo intenso que era nuestro vínculo. Esas cosas son imposibles de explicar.

Siento que estamos en un simulacro: somos los niños de nueve años que se conocieron en aquella plaza. Me gustaría que fuera así de sencillo, le preguntaría si quiere ser mi amigo, él me diría que sí, y volveríamos a ser inseparables de nuevo.

Su celular empieza a sonar sobre la mesita de luz, se escucha la melodía de la alarma que lo despierta todas las mañanas.

—Es hora de las drogas —espeta en tono de broma, aunque es hastío lo que veo en su mirada.

Silencia el teléfono y toma el blister de pastillas. Se lleva una píldora blanca y ovalada a la boca.

—¿Cómo te cae al estómago? —pregunto.

Es una conversación tan forzada que me repugna.

—Más o menos. Tomo un protector estomacal, pero... Entre

antibióticos, y esto, y lo otro. Puaj. —La luz se le refleja mejor en el rostro y puedo notar el cansancio que retiene en los ojos.

Nunca me sentí una intrusa con él, ni siquiera la primera vez que pisé esta habitación.

Le echo un vistazo al lugar. Todo está tal cual lo vi en mi última visita, a diferencia de las radiografías e informes médicos que ocupan más de la mitad del escritorio.

Vito carraspea. No puedo asegurarlo, pero creo que intenta alejar mi atención de ese sector. Me vuelvo hacia él.

En mis fantasías, nuestro reencuentro era muy distinto: Vito recuperaba la memoria apenas verme a los ojos. Nos explicábamos a los besos el dolor de haber estado separados. Nos arrancábamos la ropa, nos arrastrábamos a la cama, sentía su piel contra la mía dándome calor. Esa es la mejor forma de comprobar que somos reales.

De pronto, recuerdo que traje algo para él en la mochila.

—Yo... —Busco entre mis cosas. Me avergüenza lo cursi de la situación. —Te preparé esto. —Se lo entrego.

—Es un frasco —dice con un dejo de subestimación.

—Sí, un ex frasco de mermelada de durazno. Pero ahora lo convertí en... una especie de cápsula del tiempo.

Asiente, aun con reticencia. Analiza el recipiente con el ceño fruncido. Está lleno de papelitos doblados varias veces en sí mismos.

—Cuando me enteré de que te despertaste y... —no puedo terminar esa frase. —Te escribí algunas anécdotas, momentos importantes... y los metí en ese frasco. Se me ocurrió que podíamos sacar papelitos esporádicamente.

Se queda mirándome en silencio, entrecierra los ojos como si estuviera intentando decidir si le gusta la idea.

—Puedo hablarte de tus recuerdos —susurro casi con miedo. Me siento como una nena en medio de la oscuridad. —Quizá sea un buen ejercicio para tu memoria —agrego esperanzada.

—Gracias —musita. —Aunque creo que tengo la cabeza bastante... estropeada ahora mismo.

El comentario me provoca una punzada en el estómago.

—Es una idea estúpida —concluyo, a pesar de que no es lo que realmente pienso.

Eleva las comisuras de los labios con timidez.

—No me parece estúpida. De hecho, suena interesante. Solo no te hagas ilusiones, porque no creo recordar nada.

Esa negatividad es un golpe brusco. Generalmente, Vito suele tener una actitud muy positiva.

—¿No tuviste ningún...? —Me arrepiento de empezar a generar la pregunta.

—No —afirma en seco. —Absolutamente nada. Ni cuando entré a la casa ni cuando vi a mi hermano. Esta habitación es igual a estar en la habitación del hospital: no me produce absolutamente nada.

No sé interpretar si su pesimismo se debe a un estado pasajero o si es algo que llegó para quedarse.

—Salvo por este... —dirige la mirada hacia nuestro alrededor. —¿Yo elegí este amarillo en las paredes?

A pesar de la angustia, el comentario me hace soltar una risa. Me complace que la conversación tome un rumbo un poco menos incómodo.

—No —niego también con la cabeza. —Por Dios, no.

Vito me examina de arriba abajo un momento, luego levanta el frasco a la altura de la cabeza y lo observa.

—No se vale espiar —protesto mientras me paso una mano por

el pelo. Se siente áspero al tacto. Me miro las puntas desalineadas y me pregunto qué aspecto tendré frente a sus ojos.

—Dudo que con la letra diminuta de estos papeles llegue a entender algo.

El “insulto” me saca otra sonrisa.

Mientras él está distraído con el regalo, me tomo el atrevimiento de volver a admirarle los gestos, las expresiones, los labios. En nuestro último encuentro, cuando nos despedimos, se fue con la boca hinchada por culpa de mis besos. Me tortura no dejar de rebobinar y repetir nuestro adiós una y otra vez en mi cabeza.

Pía aparece de repente, se apoya sobre el marco de la puerta con la delicadeza de una pluma.

—¿Todo en orden? —Me queda claro que vino a supervisar la situación. —¿Cenás con nosotros, Iza? —Extrañaba las arruguitas que se le forman en la comisura de los labios cuando sonrío.

Me volteo hacia Vito para leer su reacción. No expresa ni un ápice de deseo de que me quede más tiempo del esperado. En otro momento, él mismo me hubiera hecho un lugar en la mesa.

—Creo que mejor otro día.

Me desilusiona que mi amigo no se oponga a mi decisión, pero también me siento aliviada. No sé si podría soportar dos horas más de indiferencia de su parte.

—¿Quieren tomar algo ahora?

—Un café.

Ambas lo miramos extrañadas.

—¿Un café? —le pregunto con desconfianza, aunque me arrepiento enseguida. Miro a Pía y confirmo. —Dos cafés.

Ella hace un gesto con la cabeza y se marcha.

—¿Por qué te sorprendiste? —inquire.

—Nunca tomás café.

—¿No me gusta?

Arrugo la nariz, me acerco al escritorio.

—Poco y nada.

Ojeo los archivos médicos disimuladamente.

—¿Qué más no me gusta?

Aprieto los labios en una sonrisa. De a poco se va generando otro tipo de clima entre nosotros.

—¿Cuánto creés que te conozco?

Vito toma asiento sobre la cama sin soltar el frasco.

—Por lo que todos dicen, y por todos me refiero a mamá y a mi hermano, bastante bien.

Extiendo aún más las comisuras de los labios, orgullosa.

—Quién soy yo para contradecirlos, ¿no?

Tomo una radiografía al azar. Es de la cabeza de Vito. Hay varios estudios de sangre sobre la mesa con notas del médico en los márgenes de cada papel. Por supuesto, con letra ilegible.

—Parece que fueran de otra persona —su voz es débil, insegura.

Bajo la radiografía que levanté para analizar a contraluz.

—¿Te molesta?

—¿Que mires los estudios? Es lo que hace todo el mundo —levanta un hombro, restándole importancia.

—¿Y creés que soy como todo el mundo? —sonrío, aunque me siento un poco ofendida.

Lo medita un largo rato. Me observa casi como si reconocerse representara un desafío que tiene que superar para demostrarse algo a sí mismo.

—¿Cómo nos conocimos?

—El frasco —menciono.

Enarca una ceja.

—¿Nos conocimos en un frasco?

Esta versión de Vito es un tantísimo más irónica que la anterior.

—Lo que quise decir es que esa anécdota está en el frasco.

Asiente varias veces y lo vuelve a observar con cierta estima.

—¿Por qué creés que no te vas a acordar de nada?

Se encoge de hombros.

Pía vuelve a interrumpir al traer nuestras bebidas. Se limita a entregarnos las tazas y retirarse.

Una parte de mí desea irse detrás de ella. Estoy rígida, tengo prohibido comportarme como si fuera yo misma. Pero hay algo más fuerte que me retiene en este cuarto. No puedo soportar la incertidumbre de que él no me recuerde, la posibilidad desgarradora de que nunca lo haga. Entonces, mantenerme a su lado es lo único que puedo hacer.

Todavía sostengo el triste anhelo de que si él me tiene cerca, si me huele, si me mira durante un tiempo suficientemente largo a los ojos, me reconocerá. Sucedería como en una novela, sería algo que contaríamos en el futuro a nuestros compañeros ancianos en el asilo menos pintoresco de todo Buenos Aires.

¿Cómo puede ser que una persona con la que viví cosas tan fuertes me vea y no sienta nada por mí? Un día mi cuerpo tiene la forma ideal para encajar con el suyo, y al siguiente, nos desconocemos sin más.

Vito carraspea después de probar su tercer sorbo de café.

—¿Te gustó?

—Está rico. ¿Por qué no me gustaba antes?

Levanto los hombros, realmente no es algo a lo que le hubiéramos dado mucha importancia.

Abre el frasco tras depositar la taza al lado del blíster de pastillas y me lo extiende.

—¿Harías el honor?

Entrecierro los ojos y sonrío.

Saco un papel al azar. Lo desdoble ansiosa y leo en voz alta:

—“Nuestra primera vez en una montaña rusa”.

—¿Tuvimos sexo en una montaña rusa?

—¡No! —digo espantada.

—Perdón, no quise sonar pervertido, pero...

Nos reímos de forma torpe, casi como si nos estuvieran obligando a hacerlo.

—Es solo la primera vez que nos subimos a una montaña rusa —aclaro.

Se reacomoda en la cama, cruza las piernas como indio.

—Okey, te escucho.

Parece más entusiasmado de lo que imaginé.

—Íbamos a ir con... —me detengo, tengo que explicar ciertas cosas antes de empezar. —Gaia, Fer y Pabli son nuestros amigos más cercanos. Nos hacemos llamar “los cinco paranoicos”.

Asiente. Si sabe algo más, si recuerda algo sobre ellos, no me lo dice.

—Entonces, íbamos a ir con los paranoicos, tu hermano y Sebastián al Parque de la Costa, en Tigre. Queda en Zona Norte, es hermoso. Ahí está el Puerto de Frutos...

—Me acuerdo de Tigre —interrumpe.

El comentario me saca de contexto. Lo menciona con buena

intención, pero no puedo evitar sentirme herida. Por supuesto, recuerda la geografía de Buenos Aires. Lo que no puede recordar es a mí, a la geografía que compartían nuestros cuerpos en sintonía.

Carraspeo, intento no sentirme demasiado ofendida.

—Al final fuimos solos. No vinieron los chicos ni tu hermano ni nadie más.

—Sebas es el mejor amigo de Manu, ¿no? —vuelve a interrumpir.

Asiento una vez.

—¿Nos cae bien?

—Nos cae... normal. Creo que nunca hablé directamente con Sebastián, pero vos lo querés. Es de esas personas simpáticas, de sonrisa fácil, que cuentan chistes para romper hielos.

Mientras hablo, Vito medita. Analiza cada uno de mis comentarios. Pareciera que intenta encontrar el hilo de un recuerdo para poder tirar de él.

La última vez que estuvimos en esta habitación, dormimos abrazados la siesta. El pensamiento viene a mi mente de forma intrusiva. Me cuesta mucho no preguntarme cuándo volveremos a dormir una siesta juntos.

—¿Y mi hermano? —suelta de la nada.

—¿Qué pasa con Manuel?

—¿Cómo nos llevamos?

—Bien. Súper bien.

Al ser hija única, me es difícil entender ese tipo de lazo, pero ellos parecen ser el prototipo ideal.

De todas formas, Manuel y yo nunca logramos tener más que una relación cordial. En mi presencia, él se comporta de manera ausente, desinteresada, es callado. Más bien diría que me ignora.

—¿Tuvieron algún problema? —pregunto extrañada. Si algo sé de Manuel, es que no es una persona conflictiva.

—No, ninguno. Pero, acabo de instalarme en esta casa hace ¿qué? ¿cinco minutos? Es solo una pregunta de rutina —bromea.

—Técnicamente, a mí también acabás de conocerme hace cinco minutos.

Mi propio comentario me divierte y duele en partes iguales. Me siento tonta por haberlo mencionado, y a la vez aliviada de que fluya en este sentido la conversación.

—Ya hice de antemano las preguntas pertinentes sobre vos.

—¿Ah, sí? Espero que Manuel se haya portado bien conmigo.

Vito no hace alusión a nada.

—Entonces, fuimos al Parque de la Costa. ¿Y qué pasó?

—Bueno, a vos las alturas no te hacen ninguna gracia. En realidad, fuiste porque yo tenía ganas de ir. Por eso también es un recuerdo lindo.

—¿Porque enfrenté mi miedo?

Meneo la cabeza de un lado al otro.

—Porque lo hiciste por mí. —Mi voz pierde fuerza, es como un susurro que se desmorona.

En el rostro de Vito se refleja algo muy parecido a la compasión. Me muero de vergüenza al instante. Me da la sensación de que estoy teniendo una conversación con un chico que está a punto de dejarme después de que le confesé que estoy muerta por él.

—¿Y qué pasó? —insiste.

—Diste veinte mil vueltas. Casi pensé que terminábamos yéndonos sin subir a ningún juego. Retrasaste el momento de hacer la fila un montón de veces. Que comamos, que voy al baño, que veamos un

regalo para Julia, que voy al baño de nuevo... —uso una entonación diferente para imitarlo.

—Básicamente, estaba cagado hasta las patas.

—Básicamente —afirmo.

—¿Quién es Julia?

La única persona que me amó además de vos.

Trago saliva e intento responder de la forma más evasiva posible.

—Mi tía. —Debido a su expresión, por un momento me hace creer que lo recordó todo. Pero no, simplemente es astuto, lee mis gestos y actúa en base a eso. Supongo que debo haber puesto cara de luto. —Yo sabía que estabas asustado —retomo el relato sin más. —Te insistí en subir sola, pero te enrabaste con acompañarme. Siempre fuiste un poco cabeza dura.

Me dedica la primera sonrisa sincera de la tarde. A pesar de que ya lo había hecho antes, lo conozco lo suficiente como para saber que esta vez le salió de manera genuina.

Me entran unas ganas de besarlo que me enloquecen.

—Pero subimos —suelta como si conociera el final de la historia.

—Subimos. Después de varias vueltas y excusas, y cuatro veces que fuiste a mear, y dos salchichas en el medio. ¿Para qué? Una vez arriba, con la velocidad y el viento y la adrenalina, te miré y estabas violeta. Pensé que te ahogabas. Y de la nada, PUM. —Golpeo una mano con la otra para hacer el efecto de un porrazo. Vito se sobresalta, parpadea varias veces. —Empezaste a vomitar. El vómito voló por todas partes. Fue un pa-pe-lón.

—Me estás jodiendo —suelta una carcajada.

—Los de atrás eran una madre con su hijo de ocho años. El pen-dejo empezó a vomitar del asco que le dio tener tu vómito encima.

Fue asqueroso. Volví con un olor a mi casa... Me lavé el pelo tres veces. Estoy segura de que esa señora todavía hoy podría reconocernos en la calle.

—Qué suerte que yo no me acuerdo de ella.

Dejo de sonreír de sopetón. No me parece gracioso bromear con su memoria. Si él nota mi falta de complicidad, no dice nada.

—¿La pasaste bien al menos?

—La pasé espantoso, Vito —comento casi gritando. —Pero nunca voy a tener una anécdota más espectacular en una montaña rusa. Tu vómito le aportó un condimento especial, ¿sabés?

Él se vuelve a reír y yo contengo las ganas de besarlo.

De pronto, nuestros ojos se encuentran y hay cierta profundidad entre los dos. No sé si él lo nota, pero estoy segura de que algo siente.

Poco a poco la tensión se acrecienta y nuestras miradas se intensifican. Si él me recordase ahora, en este preciso instante, todo se trataría de una historia romántica y pasajera. No aprendería nada. No mejoraría como persona ni me conocería a mí misma como mujer, me habría ahorrado mucho dolor. Pero como todo en la vida, tiene su razón de ser.

CAPÍTULO 4

En su primer día, Vito entra al aula con la cabeza gacha. La señorita Bianca lo invita a sentarse donde quiera. Me parece estúpida la propuesta ya que los únicos dos lugares libres están a mi lado o al lado de Federico Pérez. Fede no es malo, pero su expresión da mucho miedo. Te mira con cara de "voy a robarte las galletitas en el recreo".

Cuando levanto la vista y me encuentro con la del nuevo compañero, él no duda en sentarse junto a mí con una enorme sonrisa. Nos conocimos hace un par de semanas en la Plaza 29. Compartimos una experiencia inolvidable. Sin embargo, finjo no reconocerlo.

—No sabía que venías a esta escuela—susurra mientras la maestra pide que saquemos una hoja rayada y pongamos el título y la fecha que están en el pizarrón.

Coloca la enorme carpeta de los Power Rangers sobre el pupitre. La mía es pequeña, pero mucho más linda: es de color rosa y está llena de brillos.

Hacemos caso a la maestra y empezamos a escribir.

—¿No te acordás de mí?—insiste.

Lo observo con una fingida expresión de desagrado. Tiene grandes

mechones de pelo que le caen sobre unos ojos grises como nunca le vi a nadie. Cuando sonrío, las enormes paletas delanteras se le salen de la boca. Además, tiene orejas puntiagudas y raras. No se lo pienso decir, pero me agrada su aspecto.

Retomo la tarea, copio en la hoja todo lo que la señorita Bianca anota en el pizarrón.

No respondo a ninguna de sus preguntas ni sus comentarios durante toda la hora. Aunque él no se rinde conmigo.

Fue la primera persona que no se rindió.

The Orlando Books surge como una articulación entre pasiones: identificar la semilla de una gran obra y acompañar su proceso creativo hasta llevarla al hogar de quien la disfruta, ya sea en formato libro, audiolibro, ebook, serie o película.

Sumate a nuestra comunidad, donde la lectura es una experiencia que nos une.

Donde las páginas cobran vida.



THEORLANDOBOOKS

www.theorlandobooks.com



THE ORLANDO BOOKS